

LEONCIO
GIANELLO

*CASI
ANTOLOGÍA*

POEMAS

S. E. GUAY
SOCIEDAD ESCRITORES DE GUALEGUAY

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE - ARGENTINA

Erratas

- p.26 último párrafo, 1ª línea, donde dice: Pero de aquella infancia que queda esta tristeza
debe decir: Pero de aquella infancia me queda esta tristeza
- p. 75 último párrafo, 3ª línea, donde dice: ¡Que está haciendo la Patria
debe decir: ¡Que está naciendo la Patria
- p.85 último párrafo, 4ª línea, dice: su tierra de Entre Ríos hecha campo verde
debe decir: su tierra de Entre Ríos hecha de campo verde
- p.100 último párrafo, 5ª línea, donde dice: en ti vientre moreno
debe decir: en tu vientre moreno

CASI ANTOLOGÍA

(POEMAS)

A la memoria de Leoncio Gianello (h.)
Poeta santafesino (2/11/34 - 16/5/74)

Queda hecho el depósito que previene la ley
Reservados todos los derechos
IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA
I.S.B.N. 950-035-005 x

LEONCIO GIANELLO

CASI ANTOLOGÍA

(POEMAS)

GUALEGUAY, 1982

LIBRERÍA Y EDITORIAL COLMEGNA S. A.
SANTA FE — ARGENTINA

EL CANTO A JESUS

(Poesía premiada con la Flor Natural en los Juegos Florales celebrados el 11 de octubre de 1928 en Río Cuarto.)

Pálido rabino de carne de lirios
porque conociste todos los martirios,
porque levantaste tu cruz de dolor;
porque arremetiste contra los perversos,
porque tus palabras eran como versos,
Yo quiero cantarte mi canto de amor!

Por los que no saben que el pesar existe,
que el beso es amargo y el querer es triste
y que por doquiera se cierne el dolor...
Por los que en la vida marchan como extraños
y sabrán del golpe de los desengaños
Yo quiero cantarte mi canto de amor!

Por los que en un día lloraron sus cuitas,
los que deshojaron como margaritas
los ensueños locos que mató el dolor;

por los fracasados, por los angustiosos,
por los que conocen todos los sollozos,
Yo quiero cantarte mi canto de amor!

Señor de los mansos, Señor de los buenos,
que, sobre unos pobres dolores terrenos,
levantas en cambio tu reino de luz...
Nietzche te blasfema, Renán te falsea,
los dos han manchado con fango tu idea
Jesús Nazareno que estás en la Cruz!

Pasa la avalancha de tus detractores,
deja atrás algunos mezquinos rencores,
mucho de mentira, mucho de maldad;
y, Tú, permaneces, sereno y glorioso,
igual que un perenne lucero radioso
en el Alma-Tiempo de la Eternidad...!

Todos, en el Padre, fueron tus hermanos:
los hermanos cóndores, los bueyes hermanos
y el hermano lobo que cantó Rubén;
y todos cabían dentro de tu cariño,
por todos rogaba tu verbo de armiño
bajo las estrellas de Jerusalén.

Y pocos supieron seguirte en la senda:
te hiciste lejano como una leyenda,
como el ave errante y el lucero gris...
pero, por los muchos ciegos de verdades,
marchaba sembrando sueños y bondades
con sus "Florecillas" Francisco de Asís..

Cada cual ofrece, Señor, lo que puede:
que el lirio perfume, que el peñasco ruede...
Anatole France, cuenta que un juglar
porque sólo trovas y muecas tenía,
a la Inmaculada Señora María
se las ofrendaba al pie del altar!

Y yo, doloroso Jesús, pues me diste
este privilegio de estar siempre triste
y dejar que el alma se vaya en canción...
Yo, que nada puedo, Señor, ofrendarte,
un ramo de versos vengo a deshojarte
con la pena vieja de mi corazón.

Y, en cambio, te pido con ruego anhelante
que vuelva de nuevo tu sandalia errante,
que en cada pisada dejaba una flor...
vuelve por los débiles, por los angustiosos,
por los que conocen todos los sollozos,
por los que no saben que es el amor!

Vuelve por el manso, vuelve por el triste,
por el que no sabe que el placer existe,
vuelve por el malo, por el Bueno ven!
Por todas las rosas de todos los junios,
por las hostias blancas de los plenilunios,
te ruego Maestro que vuelvas... AMEN!

LEONCIO GIANELLO Y SU “CANTO A JESUS”

El Jurado del reciente certamen literario que ha otorgado la Flor Natural a Leoncio Gianello, por su composición titulada “El Canto a Jesús”, ha tenido, entre otras, la virtud de certificarnos en el concepto de que aún en los clásicos torneos provincianos, se pueden justipreciar valores espirituales y discernir palmas con estricta justicia.

Gianello, el poeta adolescente de Entre Ríos y la figura mejor actualizada entre nosotros por su abundancia de méritos y su limpieza de títulos, acaba de lograr, junto con este triunfo, otro no menos consagratorio, con el hermoso y estimulador homenaje que su ciudad natal —Guaileguay— le tributó hace poco tiempo.

El verso de Gianello ha franqueado los límites de su terruño. Si aún no nos lo ha dado en el libro, que casi supone una condición fundamental para requerir el fallo de la crítica, lo ha dispersado de tal modo en nuestro ambiente el entusiasmo de los que le admiramos, que ya la personalidad del joven lírico está afirmada y es una verdad incuestionable para nosotros el resplandor de su estrella augural.

“El Canto a Jesús” define una modalidad característica de Gianello, para quien las normas preceptivas no implican trabas al vuelo del numen, sino incentivo prodigioso para la imaginación y medio insustituible para conseguir lo que Darío expresó en su bello alejandrino:

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo...

Hay además en el rítmico y hermoso Canto, un contenido emocional tan hondo y tan extraño, sobre todo en la poesía de los espíritus nuevos (¡inmensa paradoja!), que la música reveladora de sus versos seguirá vibrando cuando se haya extinguido la balumba actual, como pudiera sobrevivir a un sordo estruendo repentino la vibración dulce y larga de un cristal de Bohemia.

Leoncio Gianello tiene, como complemento de su precocidad que ha sido excepcional, su vida de poeta, su verdadera y sincera vida de poeta, toda verdad hacia adentro, toda fuego interior. Y la modestia más ejemplar y de más alto cuño en que se encierra, le protege como coraza de liros.

Nadie, quizás más indicado para cantar la sombra quejumbrosa del Nazareno, desterrado de la tierra según el torvo y áspero libro de Papini, pero acaso asfixiada en la sordidez de las almas que dicen llevarla, y por eso mismo cada día más exenta de probabilidad terrena.

Busco entre nuestros mejores poetas el símil de Gianello. Por muchas razones, su temperamento tiene algunos puntos de contacto con el de aquel otro, hijo de Paraná, que labra en el silencio su joyel prodigioso, porque “su riqueza superior se acrecienta con la perseverante y sincera dedicación, en que halla, para su destino, la forma más alta de la esperanza y del amor”; Andrés Chabrilion, el lírico de “A la luz de una sombra” y “Oro Pálido”, en cu-

yos ojos azules y en cuyas rimas extrañas, se extravió la mirada del zahorí de Rubén, y cuyos próximos libros nuevos tendrán, —yo no lo dudo— privilegios de orientadores sobre la nueva generación.

El caso de Gianello es un caso ejemplar. Con espíritus de esa realidad, la vida intelectual de la tierra ensancha su horizonte. Poco a poco, de esta suerte, iremos convenciéndonos de que Carriego ya no tiene razón en aquellos sus agrios y entristecedores pareados:

“Y si a los soñadores poetas se fustiga,
“hay felicitaciones para el que echa barriga.

No, no es posible el pesimismo ya. Las esperanzas se cumplen, lenta pero seguramente. Las estrellas que Rodó veía temblar en el cielo con movimiento de manos sembradoras, pueden ya contemplar cómo germinan las semillas de Ariel. Tal es la realidad que muestra, al reconocimiento unánime, el ascenso de la joven y gloriosa estrella de Gianello.

GUILLERMO SARAVI

“EL DIARIO”, Paraná, Octubre 31 de 1928.

EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO

Hace muchos años, en la primavera de 1928, mi entrañable Gualeguay natal me regaló un generoso y emocionado homenaje. Había obtenido la Flor Natural con el "Canto a Jesús" en los juegos florales de Río IV. Era entonces muy joven y es aquel uno de los momentos culminantes de mi vida.

En aquellos años los poetas más difundidos y prestigiosos en mi provincia eran Daniel Elías, Guillermo Saraví y Delio Panizza. Todos ellos se hicieron presentes en aquel acto con su adhesión lírica y publico solamente la de Daniel Elías por haber sido escrita poco antes de poner voluntariamente fin a sus días.

Los grandes y admirados amigos de Gualeguay: Carlitos Mastronardi, Amaro Villanueva y Juan L. Ortiz me aconsejaron muchas veces cuando los consultaba antes de publicar mis primeros poemas en JUSTICIA o en EL DEBATE. No he encontrado los recortes de aquellos versos con los que hubiera querido iniciar este libro porque son versos de mi etapa en la Escuela Normal, la inolvidable; la de Alvelda, la de Lescá, la de Cúneo, de la señora de Díaz y de tantos alentadores de mi inquieta adolescencia.

Mastronardi, Villanueva y Juanele publicaban enton-

ces muy poco, pero habría de pasar escaso tiempo para que sus nombres trascendieran la ciudad, la provincia, el país, el continente... yo en cambio —absurdo contraste— fatigaba las linotipos de los diarios de mi Gualeguay con un poema por semana.

En aquel acto cuyo recuerdo he guardado “como la custodia lleva la hostia” para decirlo con Güiraldes, quedó entendido que publicaría un libro de versos. Nunca lo hice. Ya la deuda es muy antigua. Y, como éstas son palabras de honda sinceridad, confieso que, al no haberlo hecho de inmediato tuve miedo después, pasada la euforia juvenil, porque fue cambiando tanto el modo de expresar la poesía.

He publicado veinte libros de tema histórico o de Historia y nunca uno de poemas. Es que, con lo que escribimos en Historia se puede discrepar —y hasta a veces ello es conveniente—, por eso la crítica duele menos. Pero en poesía los poemas son malos o son buenos y el temor de que me quebraran algo para mi muy querido, me detuvo.

Pero me acuciaba la antigua promesa y ya queda poco sol sobre mi tarde por eso he reunido este conjunto de poemas y desando los viejos caminos para entregarlos a mi ciudad muy querida.

PARA LEONCIO GIANELLO

— (En su homenaje) —

Alondra errante que raya el cielo
cuando su trino pristino exhala:
tal es, Señores, Leoncio Gianello.
En la locura de su desvelo
fluye la magia de su armonía
tan borbotante, que se diría
la clara fuga de un arroyuelo.

Lleva en sus lánguidas manos ducales
puñados de rimas y de quimeras,
que en los atardeceres primaverales
florécenle lo mismo que primaveras.

Cruza bizarramente por los jardines
y es tan brioso y resuelto su firme paso,
que las auras enfundan sus mandolines
y ahuecan de silencio todo el ocaso.

Adormilados de una melancolía
poética, lleva sus ojos vagos,
buenos y perezosos. (Si se diría
que en sus pupilas sueñan todos los lagos!).

Por doquiera que vaya queda el camino
como encantado de una dulce emoción,
y en sus hondos desvelos de peregrino
la rima le fluye como una canción.

En mitad de su mente brilla una estrella,
en su lira engarza su perla el verso,
y hay en su alma sonora, diáfana y bella
las mil y una ansiedades del universo.

Sus vigiliass recorren toda la gama
infinita y eterna de la ilusión,
y a fuer de poeta que sueña y ama
no le cabe en el pecho su corazón.

Todo lo noble, todo lo bello,
todo lo digno de ser querido;
afán en fiebre, sueño y sonido:
tal es, Señorass, Leoncio Gianello.

Concep. del Uruguay, Septiembre 11/928

Daniel Elías

A DANIEL ELÍAS, POETA

La Cruz del Sur ya tiene
su Jesús...- L.G.

Quiero dejarte un verso, un lirio y un amén;
encenderé una estrella para ti en el azul.
Como Garcín, el triste del cuento de Rubén
has abierto la jaula de tu pájaro azul.

La musa de Leopardi te besó en las pupilas,
el cuervo de Edgard Poe repitió su "Ananké"
y pusieron tus manos, audazmente tranquilas,
tres puntos suspensivos en tu noche sin fé...

Envolviste de sombra tus dos ojos cansados
de mirar a la vida; en tus labios helados
un verso se entreabría, lo mismo que una flor.

Te prestó a Clavileño, Don Alonso Quijano.
Y si en el mundo tiene perdón hasta el gusano
¡Cómo no ha de tener perdón el ruiseñor!

Gualeguay, octubre 1928

I

REGRESO

REGRESO . . .

Gualeguay era el pueblo de mi niñez: la vida
tenía claros contornos de sueño y primavera;
y el corazón, entonces, andaba su primera
vereda de ilusiones, la que nunca se olvida.

Hubo una niña rubia, de trenzas, escondida
en el libro de estampas de aquel tiempo que fuera;
y en el patio de casa la luna florecida
hizo que con angustia de versos me sintiera.

Tus calles y tus plazas su amigo me han llamado,
y una tarde —destino de rama desgajada—
un viento de caminos me arrancó de tu lado.

Pero hoy, por inversos senderos, con mi anhelo
regreso hasta tu plaza de infancia transitada
para cortar la estrella más alta de tu cielo!

LA ABUELA VASCA

Esta Misia María, pequeña y regordeta,
con sus dos manzanitas de grana en los carrillos,
vino de un panorama de pueblitos sencillos
bautizados con nombres de frontón de paleta.

Su alma montañesa no supo hallar la veta
de este mar enterriano de trigos amarillos,
y pasó por la vida con su angustia discreta
que era como una noche desvelada de grillos...

Sus tacones de alba despertaban la casa;
y en las tardes de invierno, de turbia luz escasa,
en su aguja el ovillo se iba haciendo pequeño.

Y una noche de junio de vientos con enojos,
Pirineos de fiebre le cerraron los ojos
y su aldea de Francia se murió entre su sueño!

CORAZÓN NAVEGANTE

A veces, el lejano navegante
que hay en mi sangre yérguese afanoso
de llegar bajo el cielo venturoso
al puerto del crepúsculo distante.

La esperanza calcula en el sextante
latitudes de ensueño, y orgulloso
el corazón despliega su abundoso
velamen de ilusión, firme mareante.

Para guiar la andanza, los celajes
dibujan en el cielo de la tarde
mapas absurdos para absurdos viajes...

Mas, la voz de partir no abre en acentos
;y marchita en su brújula cobarde
se deshoja mi rosa de los vientos!

ÁRBOL VIEJO

Ya no estará aquel árbol —isla verde—
al lado de la casa de Narvarte;
en él, cuando marchaban para el río,
se enredaban los soles de la tarde.

Ya no estará como en las noches viejas
sosteniendo las mil estrellas de antes;
pero yo, por caminos de añoranza,
traigo mi voz de ayer para cantarle:

Cuando tu copa se tiñó de auroras
la alegre muchedumbre de los pájaros
le regalaba al cielo que nacía
la fina raya de su andar alado.

En los meses de luz la primavera
puso en tus hojas un esmalte joven
y tú enseñabas a querer la vida
con el claro mensaje de tus flores.

Te desgajó el rigor de las tormentas,
te abrasaron las fraguas del enero,
¡y siempre dabas al llegar octubre
el optimismo de tu brote nuevo!

El hacha habrá mordido tus raíces,
el rayo habrá quemado en tu follaje,
ya no se enredarán entre tus ramas
rumbo al río los soles de la tarde...

Pero aunque no estuvieses —isla verde—
al lado de la casa de Narvarte;
yo tengo un ancho prado de recuerdos
y un tiempo de ilusión donde encontrarte.

"LA NACIÓN" - Enero 1949

LA ABSURDA NIÑEZ

Mi niñez fue el ambiguo dolor de una sonrisa,
tuve miradas de hombre para la realidad;
nunca agité en mis manos cascabeles de risa,
adorné con estrellas mi árbol de Navidad...

Un ansia de ir sin rumbos me llevó de la mano
se alargaba el camino delante de mis pies.
Tuve el rompecabezas de las constelaciones,
me dieron su balero la luna y el ciprés.

No me asustó la vida porque la presentía
mis dedos infantiles —sabios en ajedrez—
jugaron cierta noche una amarga partida
y en un jaque a la Dama, se murió mi niñez.

Pero de aquella infancia ~~que~~ queda esta tristeza
de no poder abrir mis alas de ilusión
y llevo entre las manos pálidas y friolentas
como una marioneta deshecha, el corazón...

GUALEGUAY

Te ubicaron guardando su secreto,
en el bajo nivel de la llanada,
a la orilla de un río sin objeto
como no fuese el darte reflejada
la luna en flor dentro de su marco quieto.

Creciste así, sin náutico destino,
agua sin vela, rada sin goleta;
y emprendiste por eso otro camino
que dibuja su heráldica discreta
en el azul florido de su lino.

Puerto sin nave te asomaste al prado
y de pujante égloga aromada
eres rubio trigal, paciente arado,
fecundo semental, huerta labrada
¡Todo en verdor de campo cincelado!

Para acendrar el logro de la espiga
fuiste a la era como Ruth moabita
y Dios premió tu esfuerzo y tu fatiga;
tienes grave la fe y honda la cuita
mano de novia y corazón de amiga.

Pero en el fondo guardas esa pena,
tu destino cabal de barco quieto
que, en la esterilidad de su carena,
envejece guardando su secreto
al agua móvil y a la fija arena...

ROMANCE PARA UNA CALLE POBRE

Eran como esta calle
algunas de mi pueblo:
con los tapias bajos,
abiertas hacia el cielo;
y las últimas cuadras
florecidas en cercos.

Eran como esta calle
algunas de mi pueblo:
con un techo de estrellas
y la luna en el medio.

Eran como esta calle
algunas de mi pueblo:
esas que anduve un día
paseando tu recuerdo...
Y porque eran como ésta,
a esta calle la quiero.

JUSTICIA, Gualeguay 1930

FIESTA PATRIA EN EL PUEBLO

Nueve de Julio en albor,
rigores de la mañana;
almidón de guardapolvos
sobre rodillas moradas.

¡El himno sube hasta el cielo
en los cobres de la banda!

Una docena de bombas
—doce nubecitas rápidas—
hizo poblar la tribuna
de arrogancia de palabras.
Don Miguel, dijo el discurso,
y con la mano arrojaba
el final de cada párrafo
hasta el fondo de la plaza...

Después uniforme y trenzas,
muchacha de cuento de hadas!,
con un rubor tan discreto
y voz tan emocionada,
nos dijo versos de Andrade;

era ya media mañana
y en la torre de la iglesia,
y acaso por escucharla,
un sol vestido de fiesta
despacito se asomaba.

Otro estampido de bombas
se deshizo en nubes blancas.

Cascos floridos de chispas
en las piedras resonaban:
¡ya el 3 de Caballería
mueve su bosque de lanzas!

(Por flamear en su bandera,
el sol, de la torre baja...)

Por la tarde, la retreta:
la plaza estaba adornada
con cien banderas flamígeras
y mil sueños de muchacha.
¡Ojos de los catorce años,
pupilas alucinadas.
Qué pronto se va la tarde
y qué linda está la plaza!

Por el cielo anochecido
las Tres Marías bajaban
vestidas de luz celeste
y las trenzas desatadas.

Gualeguay, Julio 1930

CANCIONCILLA DE EPIFANIA

Marchan los tres reyes
a adorar al Niño,
y una estrella grande
les dice el camino.

Melchor lleva cofres
—oro, incienso y mirra—
para el niño rubio
que Dios nos envía.

Gaspar, con su manto
de púrpura real,
protege tres ramos
de claro azahar.

Baltasar el negro,
vacías las manos...,
le llena la boca
su risa de nardo.

Es larga la andanza
de la Nochebuena:
desierto y montaña,
ventisca y arena.

(Pero siempre, arriba,
la fe de la estrella.)

Y por fin llegaron:
el Niño reía,
y en la rama pura
de la Epifanía,

la estrella guiadora,
trémula de amor,
para estar más cerca
quiso hacerse flor.

La cortó del cielo
—fue cosa sencilla—
el rey que llevaba
las manos vacías.

Y ningún regalo
se pudo igualar
a la flor-estrella
del rey Baltasar.

"EL HOGAR", Bs. As. 1946

II

LUNA EN EL PATIO

PALABRAS AL PATIO VIEJO

En este viejo patio con Lucca o con Quintana
en las tardes doradas del otoño entrerriano
leíamos a Borges el "Luna de enfrente"
el verso entre los labios, el mate entre las manos.

El jazmín florecía una comba de estrellas
y como no teníamos casi vida en recuerdos
lanzábamos al cruce de no nacidos años
la fuerte adolescencia constructora de sueños.

Tenías amistad de pájaros y flores
y alegría de aire ancho, todo abierto hacia el cielo.

(Una noche estuviste casi mustio y callado
con un silencio oscuro cuando murió el abuelo).

Ya quedan pocos patios como este patio viejo
hasta el que parecían bajarse las estrellas
y desando los años porque quiero encontrarlo
antes de que se muera, o antes de que me muera.

AQUEL AMOR CALLADO

I

Nunca te dije nada de este querer: Tenía
casi el presentimiento de que te iba a ofender...
Y preferí callarlo, y encanté su agonía
nombrando muchas veces tu nombre de mujer.

Y aquel amor callado, se murió de tristeza,
de abandono y cansancio, tal vez de incomprensión;
tuvo la aristocracia de la delicadeza
y sólo hecho suspiro salió del corazón.

Él te sabía triste y él te sabía buena,
pero no halló palabras para pedirte amor
y te hizo versos blancos, versos de luna llena...

Vivía solamente de esperanza interior
y una tarde, no pudo resistir tanta pena
y se murió de frío sobre tu nombre en flor.

II

Hoy me tienes de nuevo por las sendas de antaño
con un poco del miedo de volverte a querer;
el corazón, que apenas se curó de su daño,
recuerda muchas veces tu nombre de mujer.

Está invadida el alma de una añosa fragancia;
el recuerdo me sigue como un manso lebel,
y porque aquel cariño tuvo mucho de infancia
el corazón se llena de barcos de papel...

Y eres la misma triste y eres la misma buena;
pero yo, ya no tengo versos de luna llena
y mi antigua esperanza no quiere florecer.

El corazón parece curado de su daño;
y no obstante recorro los senderos de antaño
con un poco del miedo de volverte a querer...

Gualeguay, 1930

NOVIA Y EL DÍA

A L B A

En el aire rosado
hay un temblor de oro,
y Tú, erguida en desvelo,
miras brotar el día.

Otra noche de dudas
se derrumba, entre el coro
de los pájaros jóvenes
que cantan su alegría.

SIESTA

El naranjo de octubre
señorea la siesta
con un vaho pesado
que turba a las doncellas.

Y tú, sientes en guerra
tu rosa y tu azucena:
Martirio rojo y blanco
de amar en primavera...

O C A S O

Ya la tarde dibuja
con su mano de hada
una enorme burbuja
transparente y rosada.

Y tú, dentro de ella,
para salir esperas
la llavecita de oro
de la primera estrella.

NOCHE

La alta luna de plata
como un paje te guarda
y alabardas de lirio
escoltan tu ventana.

Te mandaré el mensaje
de amor con una estrella
para alzar en suspiro
tu seno de doncella.

SALOMÉ

Lirio y sangre; lujuria y maravilla;
al resplandor dorado de la tea
desata la princesa de Judea
su danza cruel. Desnudo el seno brilla.

Del encendido círculo a la orilla
la fiebre del tetrarca la desea:
ya es el último velo el que llamea
a la luz vacilante y amarilla.

Vestida solamente de hermosura
hasta Herodes se acerca, y lo conjura
a entregarle la ofrenda reclamada.

Y después, sus pupilas de amatista,
reflejaron dos veces, cercenada,
la sangrante cabeza del Bautista!

"EL LITORAL" - Sta. Fe 1932

SULAMITA

Larga serpiente de metal y aromas
la caravana va por el desierto;
y entre las sedas márcase el despierto
firme perfil de las morenas pomas.

Sulamita pregusta ya el incierto
rubí que anuncia muerte de palomas...
sólo el óleo sutil de sus redomas
ha acariciado su sellado huerto.

Sobre el oro en fragmentos de la arena,
Peregrina de Amor, Reina Morena,
va Sulamita a cálidos altares.

Y el redondo mirar de las estrellas
la vió entrar, entre filas de doncellas,
al País del Cantar de los Cantares.

"EL DIARIO" - Paraná 1950

NOVIA DE OTOÑO

En la noche vulgar de un seis de junio
con tu vestido de apretada grana,
te encontré en esta plaza provinciana
contemplando el maduro plenilunio.

Sabías viejos versos, Manuel Flores
y el sevillano de la rima triste
eran tus preferidos. Te creíste
destinada a románticos amores.

Pero una tarde, te encontré, al besarte,
gusto antiguo de rima polvorienta
y me fuí de tu calle amarillenta
incapaz de engañarme y de engañarte...

ELEGÍA DE LA NOVIA MUERTA

Estrella, desnuda estrella,
ciprés, doliente ciprés,
lloremos juntos porque ella
se nos fué...

Novia en amores alzada,
la de hermosura tallada
en azucena;
hoy para siempre callada.
Ya nunca sabremos nada
de su pena!

La negra noche lucía
sus escamas de cristal,
octubre estaba en las ramas
del rosal.

Y ella, dormida, dormida
bajo la vara encendida
de los cirios;

ELEGÍA DE LA NOVIA MUERTA

Estrella, desnuda estrella,
ciprés, doliente ciprés,
lloremos juntos porque ella
se nos fué...

Novia en amores alzada,
la de hermosura tallada
en azucena;
hoy para siempre callada.
Ya nunca sabremos nada
de su pena!

La negra noche lucía
sus escamas de cristal,
octubre estaba en las ramas
del rosal.

Y ella, dormida, dormida
bajo la vara encendida
de los cirios;

sus dedos entrelazados
como ramos deshojados
de lirios.

Estrella, desnuda estrella,
ciprés, doliente ciprés,
lloremos juntos porque ella
se nos fué...

Bajo el llanto gris del cielo
los pasos de terciopelo
del cortejo.
Desde aquella tarde gris
vacío quedó el país
de su espejo...

Y ella marchó para siempre,
sola y fuerte,
por el bosque de silencios
de la muerte.

Estrella, desnuda estrella
ciprés, doliente ciprés,
lloremos juntos porque ella
se nos fué!

Cuadernos "Espadallirio" Sta. Fe 1948

III

LOS SONETOS SOLARES

SONETO DEL SOL GALÁN

Los gallos, en la punta de su pico,
se trajeron el día a los tirones,
y una nube manchó sus algodones
cuando la aurora abría en abanico.

El sol —; Oh ciencia de saber ser rico!—
se puso a repartir, casi a montones,
redondeles de oro en los rincones
;Y todo el patio le quedaba chico!

Tu ventana —bostezo pordiosero—
tuvo también limosna de un reguero.
Y, para que saliera de las sedas

el lirio blanco de tu carne ufana,
el sol, te echó en los ojos dos monedas,
;Y se quedó por verte en la ventana!

SONETO DEL SOL ENANO

Esta tarde cantemos al sol bueno
porque nos llena tu jardín de rosas;
cuelga de tus pestañas, por sedosas,
y resbala hasta el nido de tu seno.

Cantemósle ahora que se escombra
su pandereta de oro hecha pedázos
y en el ácido malo de la sombra
se diluyen los lirios de tus brazos.

Así te dije cuando el sol moría;
tú, cerrabas los ojos, florecía
sobre tu boca un beso de ternurá.

Y para ilusionar aquella cita,
nos regalaba un sol en miniatura
la mano blanca de la margarita!

SONETO DEL SOL MORTAJA

La hora de volver se retardaba
mojoneando con besos el camino
y en el hilo de vidrio de su trino
una calandria audaz los insertaba.

El álamo ojival manchó su filo
limando la esterlina de un sol rojo;
y en el medio minuto de tu enojo
halló mi duda su primer asilo.

Cuando el despecho nos pulió saetas,
en un remolque de ascensiones rectas
la luna floreció sobre el molino;

y hallamos —toda en rojo amortajada—
a la pobre calandria, degollada
por el hilo de vidrio de su trino!

IV

INTERMEDIO

ÁRBOL EN PRIMAVERA

Duraznero:

con fragancia rosada
engalanas el huerto,
y octubre es el domingo
para tu traje nuevo.

Árbol en primavera,
feliz como un chicuelo
te has llenado de manos
para alcanzar el cielo!

Y a veces, una estrella
—pajarito de plata—
canta al nacer la noche
en tu rama más alta.

LA ESTRELLA

Cuando en tallos azules suspendida
la noche enorme su tiniebla acrece,
la alta estrella en claridad florece
su corola tallada en luz pulida.

Es la respuesta que la altura ofrece
a la duda angustiada de la vida;
tensa rama de cielo sacudida
por la mano del día que amanece.

Ella sabe el secreto silencioso
que guarda el corazón de la doncella;
sabe también del verso milagroso.

Tal vez es chispa que olvidó el ocaso:
¡Lirio de claridad, lejana estrella
que va midiendo de la noche el paso!

1935

ESCUELITA DEL CAMPO

Mientras cumples tu férvido destino
alzada en una verde geometría
circundada de campo me pareces
el Ángel de la Guarda del camino.

A lomo de petiso van llegando
—el limpio delantal corto y estrecho—
un montón de chicuelas y muchachos
que dan razón al sueño de Sarmiento.

“El rubio”, risa clara y ojos puros,
desde el último banco de la fila
marca en el ancho pizarrón oscuro
la picadura blanca de la tiza...

La rosa de carmín iergue su gracia
en el tosco florero de la mesa
y en su rubor floral embellecida
hoy parece más linda la maestra.

Garcés, el de "Los Talas", en su libro
prosigue la lectura interrumpida,
y desde la ventana, el paraíso
le arroja sus frutitas amarillas...

¡Campana del recreo!, los varones
corren tras la pelota perseguida
mientras llena la tarde de canciones
el eco de la ronda de las niñas.

Luego, se van... Al fondo del camino
un sol de otoño cae tras los álamos,
y eres un gran silencio atardecido
gaucha escuelita de mi campo gauchó.

Y la bandera de Chassaing cantara
—pedacito de cielo fragmentado—
parece bendecirte a tope de asta
con su ingenuo temblor azul y blanco!

PRIMAVERA

Septiembre: aire de azahar, viento alocado.
En la flor del durazno, la mañana
pone una luz de vacilante grana
entre el chirriar del grillo trasnochado.

Recuerda el corazón un olvidado
verso de amor y ríe con la ufana
roja alegría de la arteria sana
en este amanecer iluminado.

El cielo, que de azul es más profundo,
es otra rama que florece el mundo.
Y aunque en su turbación no comprendiera

esta ansiedad de vida jubilosa,
un coloquio de pájaro y de rosa
¡ya te habría nombrado: Primavera!

EVARISTO CARRIEGO

Llevaste a la ciudad cosmopolita
tu corazón de muchachote bueno
y tuviste el soneto nazareno
para el dolor de la costurerita.

Generoso fervor alzó la cuita
de la tragedia humilde, a verso pleno,
y el barrio todo en dominguero estreno
te entregó su tarjeta de visita.

Rama estival, tu canto fue cortado;
pero quedó el suburbio perfumado
para siempre en la hondura de tu huella.

Y esta nostalgia habrá de serte grata:
que es con verso de ayer y voz de estrella
que hay que rezarte la oración exacta.

ROMANCE DE LA MUÑECA DE NÜREMBERG

Muñequita de Nüremberg:
Trenza y Delantal...

Tus quince años estaban
colmados de curiosidad,
en un ansia de cosas no sabidas
desbordabas tu edad.

¿El Amor?

Una noche
lo saliste a buscar.
(Las distancias se visten de caminos
por caridad...)

¿El Amor?

En un beso
lo creíste encontrar.
(Y quedaste manchada de asombros
luego de besar...)

Mil y una noches fueron
las de tu andar:
¿Qué se hizo la Trenza?
¿Qué el Delantal?

Muñequita de Nüremberg
ya no serás,
han roído moheces de experiencia
tu infantil resorte de curiosidad.
Has salido al encuentro
de lo que hay que esperar.

Muñequita de Nüremberg:
Trenza y Delantal...
El mundo no es posible sin muñecas,
las otras llegarán...
Sean las que vinieren
como el rosal:
Rosa cuando la época lo mande,
Rama para hospedar...

ESTAMPA

Octubre cuelga el pétalo rosado
en el joven verdor del duraznero
y en la rústica gracia del sendero
hay un fervor de cuento iluminado.

Acaso, sólo porque tu has llegado
anticipa sus oros el lucero
y ensancha el corazón este altanero
júbilo de que marches a mi lado.

Por senderos de viento se derrama
un vaho de albahaca y de retama
que te aroma de égloga encendida.

Y tiembla en los ceibales sacudida
—pájaro ausente en vibración de rama—
el beso de la flor por tí nacida...

COPLILLAS

Rubio el trigal parece
y azul el cielo
y el naranjito, verde,
y el tordo, negro...

Eso dicen los otros
que yo los miro
copiados en tus ojos
todos lo mismo!

CAMPO ENTRERRIANO

Se empinó la llanura hecha cuchilla
cuando el sol domador le hincó la espuela;
y el arado, en la gleba de su estela,
el logro anticipó de la semilla.

En el pausado arroyo se desvela
una ingenua quietud de agua sencilla
y con su gran publicidá amarilla
el aromito atrae a su clientela.

Abril, como un pastor joven y riente,
echa a andar por los prados del oriente,
sus doradas y tibias mañanadas...

Y el pájaro que exorna al espinillo
le regala, en ausente caramillo,
sílabas puras en cristal talladas.

EL TROPERO

Clara noche de enero, una escarcha de luna
se salpica de sombras al paso de la tropa
y allá, en el trebolar, se está enredando el viento
para salir trayendo su regalo de aromas.

Un eco de mugidos contesta las distancias
y picanea el cansancio un grito: ¡tropa!" ¡tropa"!
y al costado del río de plata del camino
surgen los espinillos como islotes de sombra.

Centinela de poncho; brújula de senderos
va el tropero horadando la noche que lo enfrenta
—mientras guarda silencios para enastar su grito—
con los ojos sin sueño, madurados de estrellas.

ESTE MUCHACHO TRISTE...

Este muchacho triste que asoma a mi sonrisa
es el mismo del tiempo —vanamente pasado—
en que soñaba versos y estaba enamorado
de la estrella lejana y el pájaro y la brisa.

Yo bien sé que la vida no ha podido vencerlo
con la dura tarea de sus días iguales:
brillo de lunas fieles bastó para traerlo
y hubo nuevos retoños en los viejos rosales.

Pero ya es poco asiduo, tal vez porque una tarde
al mirarme a los ojos le parecí un extraño
y se marchó angustiado, herido por el daño
que le hizo, a sabiendas, mi tristeza cobarde.

Hoy, de nuevo lo llamo, porque sin él se trunca
mi antigua fe en la estrella y el pájaro y la brisa
y tengo mucho miedo que no vuelva ya nunca
este muchacho triste que asoma a mi sonrisa...

v

GESTA

CIELITO DE CASEROS

Altas espigas de muerte
allá avanzan los lanceros;
¡qué lindo que brilla el sol
en el cielo de Caseros!

Cielito, cielo que sí,
ya va el general Urquiza
ya está enseñando el camino
el fulgor de su divisa.

Cielito, cielo que sí,
yergue tu canto altanero
¡que está amaneciendo a gloria
porque es el 3 de febrero!

Galarza, alzando su poncho
"cuarteó" mil lanzas viriles
y el sol se quedó dorando
los rasgos de mil perfiles.

Cielito, cielo que sí,
cielo de los federales
que quieren "Constitución"
para curarnos de males.

Porque el Señor de Palermo
no es federal, ni por chanza,
y a su engaño de palabras
daremos verdad de lanzas!

Allá va, Cielo y más Cielo,
Cielito de los valientes,
Santa Fe con "Mascarilla"
y el escuadrón de Corrientes.

El clarín rasga el silencio
las "tacuaras" vibran solas
y están calientes y rojas
las porfiadas tercerolas.

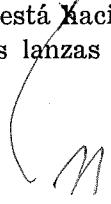
Cielito, cielo que sí,
Cielo que se está por ver
si sigue aguantando tanto
el cañón de Chilavert.

Allá ataca Urdinarrain
desnudo su sable fuerte,
va a conseguir la victoria
o a enfrentarse con la muerte.

Cielito, Cielo que sí,
cielo para darme el gusto:
¡Viva mi linda Entre Ríos
y mi general Don Justo!

Mucho poncho y mucha espada,
mucha galera de pelo,
Don Justo José de Urquiza
está pidiendo más cielo.

Cielito, cielo que sí,
cielo quiero y siempre cielo:
¡Qué está haciendo la Patria
en las lanzas de Caseros!



ROMANCE DE LA DELFINA

Delfina la de Ramírez
novia de muerte y de sangre,
las guitarras de mi tierra
nacieron para cantarte!

Delfina la de Ramírez
la garrida y la deseada,
palpitan en tu casaca
palomas aprisionadas.

Delfina la de Ramírez
por tí la copla fue alzada
entre un descanso de lanzas
en un vivac de guitarras.

Delfina, Mujer-Destino.
Alto tallo de arrogancia.
Sulamita del Cantar
para mi biblia enterriana.
Fuiste estrella del Supremo
Brillante. Fugaz. Amarga.

Por tí Francisco Ramírez
—llora el recuerdo en las lanzas—
te hizo corona de reina
en un yunque de batallas;

Por tí, Francisco Ramírez
—gallardía alucinada—
le apostó todo al destino
en una sola jugada.

Después en la dura marcha
que la muerte picanea
tu desataste en las cargas
tus trenzas de primavera.

La jornada de Río Seco
—temblor de muerte en el aire—
¡Dolor de aquel 10 de julio
que no cabe en el romance!

Delfina la de Ramírez
—sólo tu angustia lo sabe—
ya no alzan por tí su arrullo
los palomos de la tarde.

Las guitarras entrerrianas
que nacen para cantarte
te han visto cruzar de noche
viuda de muerte y de sangre.

V I

CUÑOS

"Esa niñez maravillada de belleza, se embrujó de historias y leyendas... el campo y el pueblo entrerrianos estaban llenos de ellas y en la casa del abuelo Jordanista, las escuchó Leoncio Gianello, de lablos de viejos soldados y montoneros".

J. C. Pedrazzoli

DON ELEUTERIO FLORES

Don Eleuterio Flores: poncho, empaque y chambergo... yo le cebaba el mate cuando Usted venía al pueblo y en aquel salón largo, que presidía el abuelo entraba con su empaque de caudillo del Sexto.

(Afuera habían quedado su poncho y su chambergo).

Con Aparicio Almada —el Clé, era su crédito— e Inocencio Moyano —que ganaba en Cuchilla— hablaban de “los hombres de los departamentos” vetando candidatos con pausas de silencio. Y, a veces una simple compostura de pecho era la señal clara de que estaban de acuerdo.

Casi medio distrito le llamaba “padrino”, vínculo espiritual que entregando boletas Usted hacía valer al llegar los comicios.

A causa de ese vicio que llevaba en las venas
de que nadie pudiera ganarle su distrito,
ya sólo le quedaba, con primera hipoteca,
su campito del Sauce, azuloso de linos.

Ya era Usted setentón, cuando aquel primer mate
de copete espumoso nos hizo conocidos;
pero en sus años mozos de potro y de guitarra
de facón y de beso, ¡qué lindo ser su amigo
y aparearse a su izquierda, peleando de su parte,
en viboreado y guapo diálogo de cuchillos!

En la fonda de Echauri, para un 9 de julio,
sintió en sus huesos viejos temblor de escalofríos;
y tuvo que quedarse esperando a la muerte
en una espera larga con pausas de delirio.

Claro que desfiló, preguntón y amistoso,
en ocho días, don Flores, casi todo el distrito.
Después: velas lloradas sobre varas de bronce;
y el discurso; y la roja corona del partido...

Poncho, empaque y chambergo: don Eleuterio Flores,
porque fue siempre bueno, y gaucho, y comedido,
¡su cielo será un largo domingo de elecciones
en el que nadie pueda ganarle su distrito!

DON BRAULIO EL CAPATAZ

Es de la fuerte raza de los madrugadores:
el mate entre sus manos florece con la aurora,
luego en su malacara recorre las labores
hasta que el sol lo entierra en sombra cavadora.

Dicen que no fue siempre lo que parece ahora,
y que en sus años mozos, por motivo de amores,
envainó hasta la cruz, a golpe de rencores,
en un pecho moreno su daga vengadora.

La risa no le cuelga ya del bigote espeso
—es flor huraña en labios que no saben de beso...—
Afares y trabajos son su mejor alarde.

Mientras todo regresa por los caminos lerdos,
don Braulio el capataz mira caer la tarde
y teme por su noche cargada de recuerdos.

CAUDILLO

Erguido en su caballo sudoroso de leguas,
pudo llamarse Eusebio, o Crispín, o Polonio,
o Anacleto o Guarumba... el nombre es lo de menos:
en todos el coraje se daba de igual modo.

Dos toques solamente enseñó a sus clarines:
¡“a carga”! y ¡“a degüello”! —eran así los tiempos—.
El sol le recortaba en perfil de medalla
con un cuño de oro sobre el rostro moreno.

Le hirieron cuatro veces: dos, en hechos sin nombre;
luego un lanzazo en *Vences* y un tajo en *Pago Largo*;
y aunque estuvo en cien lances, la muerte montonera
al mirarle a los ojos, le dejó libre el paso!

Tenía fácil la gracia; contagiosa la risa,
ligera la mirada y goloso el requiebro;
amorio y reñidero, andarivel y naípe:
cuatro rumbos marcaba su rosa de los vientos.

Hablando de Don Justo, decía: "Mi compadre"
y miraba de reojo vigilando el respeto.

Y, cuando se acordaba de su muchacho muerto
con veinte años apenas, bajo la tarde roja,
le irritaba los ojos un humo de recuerdos
y una protesta muda le crispaba la boca.

Nunca aprendió en los libros táctica ni estrategia,
pero sabía usar un río, una lomada;
tenía el seguro instinto de la guerra, y por eso
después de cada encuentro su nombre se agrandaba
para alzar en suspiro el pecho de las mozas
o decorar las décimas que andan en las guitarras.

Arropado en su poncho, debajo el espinillo,
le encontró el alba rosa dormido para siempre;
y por velarlo vino, a lomo de cuchillas,
su tierra de Entre Ríos hecha campo verde!

de

EL VETERANO

Don Crisanto Taborda, ¡hombrazo!, de los de antes
con su ancho rostro aindiado y los ojos vivaces;
que en el año cuarenta estrenó su bravura
peleando en *Sauce Grande*
cuando un clarín rabioso picaneaba la sangre
enristrando en las lanzas el filo del coraje.

De la loma al resguardo fue levantando el rancho:
las manos embarradas, con instinto de hornero;
y como estaba solo —tan cercanos sus hechos
que no eran todavía amistad de recuerdos—
tendió su corazón lo mismo que una rama
para esperar el ave que le trajese el viento.

Y Ella llegó, los moños con dos mariposas
que libaran negrura en las trenzas de ébano...
llevaba entre los labios, como una rosa, el beso.
Y usted —¡que era tan bueno!— sintió que era más bueno
y oyó que su guitarra se llenaba de versos.

Ella, medía la noche recostada en su pecho,
y usted sentía la dicha convertida en presencia
porque había encontrado una estrella de veras
para encantar sus largas andanzas de tropero.

Poco después llegó la hora de Caseros
;nunca se vió mañana tan azul y tan limpia:
fue como si los ojos azules de Lavalle
se hubieran vuelto cielo!

A la voz de don Justo, Usted cargó el primero.
;Qué abanico de lanzas se abrió bajo la tarde!
;Qué huir de "colorados" arrojando el coraje
como cosa pesada para andar más ligero!
Sólo en el Palomar unos cañones tercicos
se podían tutear con Usted y su gauchaje.

Cuando volvió a la tierra, el hijo casi mozo
parecía traerlo de vuelta del pasado;
y Usted, que nunca supo lo que eran esas cosas,
vió en las manos del hijo enraizar el arado.

Aunque ya no era joven, estaba tan derecho
y con tanta nostalgia de lanza entre las manos
que en el año 70 reclamó su "tacuara"
y anduvo en las guitarras —hecha canto— su fama.

Centinela y baquiano de los ojos sin sueño,
Usted salvó en Ñaembé el cuerpo de mi abuelo
con dos claveles tibios mojándose en el suelo.

Y otra vez se apagaron ardidos pastizales
y sobre las cenizas dijo su paz espiga
y los viejos caminos trajeron hombres nuevos
y el sudor de los gringos floreció en las cuchillas...
y Usted miraba todo como si no entendiera
con los dedos huesudos en la barba tordilla.

Y así quedó dormido una noche cualquiera:
¡fue de un galope al cielo por caminos de estrellas!
Don Crisanto Taborda, ¡hombrazo!, ¡de los buenos!

ya nadie lo recuerda... Pero yo lo recuerdo!

VII

CANTO A ENTRE RÍOS

Primer premio "Gobierno de Entre Ríos".

Gualeguaychú, 1944.

Era condición exigida en las bases del certamen que el poema tuviera totalmente la estructura métrica de **El Nido de Cóndores** de Olegario V. Andrade.

I

"Yo siento un fuego que mi frente abrasa
como el fuego inmortal de las victorias.
Es el aliento heroico de la raza...
Entre Ríos el alma de mis glorias!"

Luis N. Palma

Has nacido cual Venus de las aguas
y el abrazo fraterno de dos ríos
te dió su nombre, para siempre hermoso,
mi tierra de Entre Ríos.

Al brindarte tu espejo de doncella,
el Uruguay, te invita
a despeinar tus trenzas de sauzales
Morena Sulamita...

Y el Paraná, leonado y majestuoso,
parece que te canta
la canción de su amor fiel e imposible
mientras besa tu planta.

Curiosas de distancia, tus llanuras
se levantan apenas
y te surcan de arroyos: y parece
que son, por eso, de cristal tus venas...

Ponen el tono de un destello rojo
tus floridos ceibales,
anticipo brillante y luminoso
de lanzas federales!

Y encerrada en tus límites de agua,
te enseñará tu orgullo
a ser de tus hermanas argentinas
la más firme en lo suyo.

Tienes, cual la princesa de los cuentos,
el don de la belleza;
pero también el hada rezagada
te trajo su regalo: la tristeza;

y viste la maldad de los extraños
llegar sobre tu suelo
y caer tus espigas y tus rosas
bajo el purpúreo cielo.

Y aprendiste, por eso, altiva y fuerte,
estoica y silenciosa,
a enderezar el daño de tu espiga
y a cuidar de tu rosa...

El dueño de la tierra es el charrúa,
el indio bravo y fuerte,
el que lleva en la punta de sus flechas
un mensaje de muerte.

Su hermano es el minuán, el indio triste,
el que ama a las estrellas
y sabe con palabras, que son música,
hablar a las doncellas.

Son valientes los dos, los dos altivos,
y tendrá el castellano
que ir jalonando con tus héroes muertos
la esmeralda cambiante de tu llano.

Y así vió el alba de pupilas rosas;
que a defender su tierra
van mil estatuas de desnudo bronce
entre cantos de guerra!

Pero esto vió, sobre la tarde muerta,
el rubor del ocaso:
mil flechas rotas contra las corazas
con ruido de fracaso...

y que los blancos —de metal vestidos—
con rayos en las manos
iban sembrando de amapolas rojas
los campos entrerrianos!

Y así cayó la tierra: con el triunfo
de aquella gente extraña
a la sangre rebelde y soñadora
se unirá la de España.

Y es fruto de esa unión, un hombre nuevo
su alma es sueño y bravura:
¡Ahora tendrá poetas tu paisaje
centauros tu llanura!

II

Tomás de Rocamora el altozano
rebase con sus huestes castellanas;
va a levantar ciudades en el llano.

Las brisas entrerrianas
sacuden —oro y sangre— los pendones
que habrán de presidir las fundaciones.

Gualeguaychú... Uruguay... el nombre guarda
como un recuerdo del ayer distante;
el sol, en las corazas se retarda,
y la espada tajante
en nombre de los reyes de Castilla
troncha hierba y malezas en la orilla.

Después, aquel Señor de Fundaciones
que amó este suelo y lo llamó "Entre Ríos",
para siempre se fue: nuevas funciones
reclamaban sus bríos
y quedaron entonces los poblados
a su propio tesón abandonados.

Pero tenían su fuerza: la Esperanza,
esa recia virtud maravillosa,
la que sueña el futuro y la que alcanza
su realidad hermosa.
Y así fueron creciendo, hasta que un día
vieron una bandera que nacía.

Era como los cielos luminosos,
temblorosa de azul; y así la amaron:
en las ásperas horas, generosos

y heroicos le entregaron
de su altiva pobreza lo más fuerte:
el coraje que marcha hacia la muerte!

...recia mujer la de la tierra mía:
Escudo de Ternura, Flor Garrida...
—palabras son como de letanía—
y fue en la despedida
que ella le dio su fuerza a quien amaba,
sin que él pudiera ver que ella lloraba...

Mujer recia, en las horas augurales
dio a la Patria las flores de su vida;
tierra que es cuna de mujeres tales
no puede ser vencida!
Y es por eso que el alma de mi tierra
sólo ternura y altivez encierra.

III

Después... Fue el sueño, por osado, extremo;
el que pide un hexámetro de Homero:
la República heroica del Supremo,
forjada con su acero,
y que luce en su escudo, paladina,
la pluma del sombrero de Delfina.

Horas de gloria, henchidas de Epopeya:
de la lanza triunfante del caudillo
se enamoró la lumbre de una estrella...
mas, apagó su brillo,
y rodó una cabeza en torvo drama
defendiendo sus sueños y su dama!

Pero su ejemplo nos dejó una herencia,
un molde que llenar, un cuño heroico,
por eso su recuerdo reverencia
el corazón estoico
de éste pueblo entrerriano que venera
de sus varones la virtud guerrera.

Por eso, en cada hijo de esta tierra
cuando un clarín despierta la llanura,
vibra la fibra recia de la guerra
para hacerse bravura
y el suelo tiembla como si sintiera
de nuevo galopar la montonera.

Por eso, acaso, cuando el "entrevero"
revienta su clavel sobre la tarde,
levanta un brazo, en ademán postrero,
con arrogante alarde,
una lanza entrerriana que trunca
quebrada sí, pero rendida nunca!

Por eso es que las lanzas federales
se enastaron de ardor y de coraje
y fueron arrogantes y triunfales
entre el rojo paisaje,
anhelosas de sangre, hecha garra
la media luna en flor de las moharras...

Y por eso, valientes y viriles,
cargaron en la tarde de *Caseros*:
se recortaba el sol en los perfiles
con un brillo de aceros
¡y acuñaba su férvida medalla
el panorama cruel de la batalla!

I V

Después: viste llegar al inmigrante
—claros los ojos y el idioma oscuro—
trajo la fe de su tesón pujante;
edificó su muro;
y hundió la reja gringa del arado
como un filo de plata en tu costado.

Las hachas se metieron en su monte;
tu selva se achicó y a tu cuchilla
trepó para mirar el horizonte
la máquina que trilla,
que fue dejando —estela de sus huellas—
chispas doradas que se hacían estrellas...

Alzó la parva su montaña de oro,
y fue por los caminos del Atlántico
el fruto de tu gleba, tu tesoro;
y se escuchaba un cántico
de Trabajo, y de Paz y de Progreso,
de los trigales en el oro espeso.

Atraviesa tus campos en un largo
horrón pesado el paso de tus reses;
eres distinta y nueva y, sin embargo
la misma me pareces:
la misma del ayer, de la Epopeya:
¡Igual destino para igual estrella!

V

Eres la misma, sí, fuerte y hermosa;
fragante de leyenda, alta de Historia;
tierra de los centauros que una tarde
marcharon a la Gloria
y por cuidar su fama, acaso inquieta,
encendiste en el alma de tus hijos
la llama azul del verso del poeta.

VI

Verso que es arrogancias en Andrade;
ternura en Palma; en Méndez, es suspiro;
epopeya, en Garat; joyel de rimas
en Fernández Espiro...
y la nueva legión, la que en ala
siente latir una ansiedad de altura,
su canto te regala.

Y eres eterna así: fuerte y hermosa,
como ayer, como siempre! que no pudo
cambiar tu ruta el cambio de los años:
la estrella de tu escudo
siempre tendrá, para su fe, un poeta,
siempre, para su honor, un brazo rudo!

...Dios te salve, Entre Ríos, llena eres
de gracia y de valor; bendita seas
entre todas las tierras, y bendito
el fruto que alborea
en tu vientre moreno... y que por siempre
el Señor sea contigo
en tu rosa, en tu espada y en tu trigo.

ÍNDICE

	Pág.
El canto a Jesús	7
Leoncio Gianello y su "Canto a Jesús"	10
El por qué de este libro	13
Para: Leoncio Gianello	15
A Daniel Elías, poeta	17
I. REGRESO	
Regreso... ..	21
La abuela vasca	22
Corazón navegante	23
Arbol viejo	24
La absurda niñez	26
Gualeguay	27
Romance para una calle pobre	29
Fiesta patria en el pueblo	30
Cancioncilla de Epifanía	33
II. LUNA EN EL PATIO	
Palabras al patio viejo	37
Aquel amor callado	38
Novia y el día	40
Salomé	44
Sulamita	45
Novia de otoño	46
Elegía de una novia muerta	47

	Pág.
III. LOS SONETOS SOLARES	
Sonetos del sol galán	51
Soneto del sol enano	52
Soneto del sol mortaja	53
IV. INTERMEDIO	
Arbol en Primavera	57
La estrella	58
Escuelita del campo	59
Primavera	61
Evaristo Carriego	62
Romance de la muñeca de Nüremberg	63
Estampa	65
Copilillas	66
Campo entrerriano	67
El tropero	68
Este muchacho triste	69
V. GESTA	
Cielito de Caseros	73
Romance de la Delfina	76
VI. CUÑOS	
Don Eleuterio Flores	81
Don Braulio el capataz	83
Caudilo	84
El veterano	86
VII. CANTO A ENTRE RIOS	
Canto a Entre Ríos	89

Este libro con la sigla de S.E.G.U.A.Y. (Sociedad de Escritores de Gualeguay) se terminó de imprimir en las prensas de la Editorial Colmegna el 30 de abril de 1982 en la ciudad de Santa Fe, ciudad a la que el autor testimonia su acendrada gratitud por lo mucho que ella generosamente le diera.